

de J. K. Huysmans. No. Tiene descargas de sublimidad. Por eso hay que amarlo tanto.

El claustro es muy viejo. Tiene doscientos setenta y un años....

ALBERTO LLERAS.
alumno convictor.

VELADA EN EL COLEGIO DEL ROSARIO

DISCURSO DE MONSEÑOR CARRASQUILLA

Excelentísimo señor Presidente, Ilustrísimo señor Arzobispo, señor Ministro, señoras y señores:

Doy las mas cordiales y efusivas gracias al señor Vicerrector, a los señores catedráticos, superiores y alumnos, por este obsequio, que agradezco tanto más cuanto mejor comprendo cuán lejos estoy de merecerlo. Y presento testimonio de gratitud al Excelentísimo señor Presidente de la República, al Ilustrísimo señor Perdomo, al señor ministro de Instrucción Pública, a los venerables sacerdotes, gentiles damas y distinguidos caballeros que nos han honrado con su presencia.

El Colegio del Rosario es un cuerpo unido y compacto, formado por los superiores, catedráticos y alumnos e informado por un solo corazón y una sola alma. Aquí todos profesamos una misma fe: la católica, apostólica romana, única verdadera; seguimos idéntica doctrina filosófica: la que se deriva de la mente y el espíritu del Angélico doctor santo Tomás de Aquino: emulamos unos con otros en amor a nuestra Madre la República de Colombia y estamos sujetos, desde el rector hasta el más joven de lo estudiantes, a las constituciones que hemos jurado respetar.

En este claustro no hay valladar que separe a los superiores de los estudiantes, a los maestros de los discípulos. Los doctos profesores que hoy dictan sus lecciones en la cátedra se sentaban, ayer no más, en

los bancos de los estudiantes en estas mismas aulas. Los superiores de régimen interno son alumnos que asisten a las clases y compiten con aquellos a quienes gobiernan para ganar los premios. El rector y el vicerrector son colegiales de número, que presiden el Colegio, porque en toda sociedad bien establecida se requiere una autoridad que haga converger los esfuerzos individuales al bien común. De esta organización da práctico y elocuente testimonio la velada de esta noche. Después de uno de los superiores, ocuparon la tribuna dos estudiantes de bachillerato y tres antiguos alumnos, conocidos ventajosamente en el país, en el campo de la poesía, la didáctica y la jurisprudencia, y que olvidando la elevada posición de que gozan no han querido ser esta noche sino colegiales del Rosario.

No puedo pagar las atenciones cariñosas de mis amigos y camaradas—que tales son para mí los estudiantes de esta casa—sino prometiéndoles seguir trabajando, mientras ocupe yo este puesto, en la prosperidad del Rosario, empleando mis fuerzas, que ya empiezan a decaer, y mi entusiasmo tan férvido como en los años de mi mocedad.

Hoy se habla por todas partes de renovación escolar, de mejoramiento de los métodos, de la necesidad de imprimir impulso vigoroso a la instrucción pública. Estos propósitos no pueden ser más nobles, demuestran que el patriotismo no se extingue, son señales de vida y de juventud. De estos anhelos participamos como el que más, porque aspiramos a la perfección absoluta, según la palabra del Divino Maestro: «sed vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.» Bien sabemos que a esa meta no se llega nunca, pero entendemos que a ella podemos acercarnos más y más todos los días.

Conviene, sin embargo, precisar el sentido de las palabras. Si por progreso se entendiera que renunciaríamos a nuestras constituciones, que le han dado al Colegio tres siglos de vida y una larga serie de glorias

y de triunfos; que mudáramos la fe católica y la piedad cristiana, por el escepticismo y la indiferencia religiosa; que, trocáramos la vívida filosofía de santo Tomás por sistemas ya desechados por añejos en tiempo de Aristóteles, mal remozados hoy para presentarlos como flamantes novedades: el monismo de Thales y Anaximandro, el perpetuo *devenir* de Heráclito, el materialismo de Leucipo, el panteísmo de la escuela eleática, el socialismo comunista de la república de Platón, la moral utilitaria de Aristipo, propagada después por los que Cicerón apellidaba cerdos de la pira de Epicuro; si progreso fuera suprimir los estudios clásicos hoy reestablecidos en Francia, en obediencia a un clamor universal y después de una dolorosa experiencia en contrario, no queremos ese progreso y estaríamos dispuestos a combatirlo con entereza varonil. Pero si progreso significa que mantengamos abierta la inteligencia de par en par a los portentosos descubrimientos modernos en filología comparada, en crítica histórica, en las ciencias matemáticas y de las que de ella se derivan, en las ciencias físicas y naturales y sus fecundas aplicaciones prácticas; que desarrollemos la educación física y se observen las leyes de la higiene escolar; que crezcan los jóvenes en la austeridad de costumbres, en el respeto mutuo, en el uso de la libertad bien entendida, y aprendan a gobernarse por sí mismos, para salir armados a la lucha que se les espera en el mundo, queremos ese progreso, lo procuraremos con ahínco, nos sacrificaremos por conseguirlo.

Nuestro lema ha de ser el del mancebo alpinista de la poesía del gran Longfellow: *Excelsior!* Más alto! Más allá! Cómo no, si nosotros aspiramos a la verdad total, al bien infinito, a la felicidad perfecta, que es Dios.

Bogotá, octubre 24 de 1923.